

**Referencia para citar este artículo:** Brunet, I. & Pizzi, A. (2013). El enfoque nominalista de la juventud. Una alternativa crítica a la perspectiva funcionalista. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 11 (1), pp. 51-62.

# El enfoque nominalista de la juventud. Una alternativa crítica a la perspectiva funcionalista\*

**IGNASI BRUNET\*\***

Universidad Rovira i Virgili, España.

**ALEJANDRO PIZZI\*\*\***

Universidad de Valencia, España.

*Artículo recibido en septiembre 10 de 2012; artículo aceptado en diciembre 13 de 2012 (Eds.)*

**Resumen:** *En este artículo exponemos la perspectiva nominalista de la juventud, configurada como crítica a la perspectiva funcionalista de los ciclos de vida. Crítica que se concentra en el error que supone concebir la juventud como un grupo social homogéneo, y la adopción de la edad como variable delimitadora. En los intentos de establecer la juventud como una categoría universal dada, se observa que buena parte de las investigaciones sobre la juventud, que se apoyan en la perspectiva funcionalista, apenas dedican atención suficiente al proceso de construcción del objeto de estudio. Para ello, desarrollamos la posición teórica de Bourdieu y de Mauger. Finalizamos con unas conclusiones que dan cuenta del estado actual de los avances teóricos sobre los enfoques de la juventud.*

**Palabras clave** (Cindoc–Tesauro de Sociología): juventud, clases sociales, generaciones.  
**Palabras clave autores:** enfoque nominalista.

## The nominalist approach in young people. A critical alternative to the functionalist perspective

**Abstract:** *This paper aims to present the nominalist approach of youth, as a criticism of the functionalist approach of cycles of life. This criticism focuses on the error of conceiving youth as a homogeneous social group and taking age as a delimiter variable. In attempts to establish youth as an universal category, it can be observed that a large proportion of research about youth, informed by the functionalist perspective, barely pays attention to the process of construction of the subject of study. We develop the theoretical position of Bourdieu and de Mauger. The paper includes conclusions that note the current status of theoretical steps forward in the field of youth approaches.*

**Descriptor key words** (Cindoc–Thesaurus of sociology): youth, social class, generations.  
**Authors key words:** nominalist approach.

---

\* Este artículo de reflexión recoge resultados de un proyecto de investigación denominado “Nueva Pobreza y exclusión social en los jóvenes de España”, aprobado y financiado por el actual Ministerio de Economía y Competitividad de España, Plan Nacional de I+D+i 2008-2011 (Referencia CSO2008-05535). El proyecto de investigación comenzó el 05-01-2009 y finalizó el 31-12-2011.

\*\* Doctor en Sociología. Catedrático de Sociología. Profesor de la Universidad Rovira i Virgili (Tarragona, España). Correo electrónico: ignasi.brunet@urv.cat

\*\*\* Doctor en Sociología. Profesor de la Universidad de Valencia (España). Correo electrónico: alejandro.pizzi@uv.es

## O Enfoque Nominalista da Juventude. Uma alternativa crítica à perspectiva funcionalista

• **Resumo:** *Expomos a perspectiva nominalista da juventude, configurada como crítica à perspectiva funcionalista dos ciclos de vida. Crítica que se concentra no erro que supõe conceber a juventude como um grupo social homogêneo, e a adoção da idade como variável delimitadora. Nas tentativas de estabelecer a juventude como uma dada categoria universal, observa-se que uma boa parte das investigações, que se apoiam na perspectiva funcionalista, não dedicam suficiente atenção ao processo de construção do objeto de estudo. Nesse sentido, desenvolvemos a posição teórica de Bourdieu e de Mauger. Acabamos com algumas conclusões que denotam a situação atual dos progressos teóricos sobre os planteamentos da juventude.*

**Palavras-chave** (Cindoc–Thesaurus de Sociologia): juventude, classe social, gerações.

**Palavras-chave autores:** enfoque nominalista.

**-1. Introducción. -2. El enfoque nominalista. -3. Las críticas a la perspectiva nominalista. -4. Conclusiones. -Lista de referencias.**

### 1. Introducción

En la perspectiva funcionalista de los ciclos vitales, la edad se erige jerárquicamente como el criterio definitivo por determinar los límites de la juventud, a raíz del uso supuestamente neutro de las fuentes de información secundaria existentes en materia de juventud -derivadas en la mayoría de los casos de las estadísticas oficiales-. Por otro lado, esta perspectiva efectúa una conceptualización de la juventud como categoría social. Sin embargo, ¿sobre qué bases se justifica la idoneidad de concebir a la juventud como una categoría social? Según Comas (2007, p. 163), los jóvenes y las jóvenes, en su conjunto, “pueden considerarse una categoría social porque están identificados como tal en términos administrativos y son objeto de determinadas políticas que incluyen oportunidades, ventajas y opciones que se pierden cuando se deja ‘de ser joven’”. De este modo, se agrupa a todos los miembros que comparten una misma edad bajo la definición de jóvenes, indistintamente de la fuerza que puedan tener en estos individuos otras variables estructuradoras. Después se etiqueta esta agregación con el nombre de juventud, erigida en categoría social receptora de un análisis específico y en la cual se analiza un entramado de variables estadísticas que pueden referirse a cualquier ámbito que pueda afectar a las jóvenes y a los jóvenes (Galland, 1985, 2007).

Esta configuración de la juventud como

categoría social y grupo de edad responde, según París et al. (2006), a tres situaciones: a) a la politización sociológica, derivada de las demandas de actuación de las instituciones públicas en la delimitación del objeto de estudio y en la jerarquización de las temáticas de análisis; b) a la voluntad de comparar los resultados obtenidos con los de la mayoría de investigaciones existentes sobre la juventud, y c) a la dependencia del uso de fuentes secundarias sobre jóvenes, que trabajan con una muestra determinada a partir de la variable edad. Sobre la base de estas tres situaciones, hay que destacar el enorme volumen de investigaciones sobre la juventud, a nivel internacional, que siguen los postulados funcionalistas; investigaciones que no han salvaguardado a la perspectiva funcionalista de recibir duras críticas sobre sus elecciones metodológicas y sobre sus construcciones conceptuales.

El objetivo del artículo, pues, consiste en desarrollar críticamente la perspectiva nominalista de la juventud y revisar el estado actual de este planteamiento sociológico. Dicha exposición se efectúa a partir de los principales cuestionamientos que este enfoque lleva a cabo respecto a la perspectiva funcionalista de los ciclos de vida. El principal de ellos consiste en concebir la juventud como un grupo social homogéneo, y la adopción de la edad como variable delimitadora del mismo. Para eso, en primer lugar, desarrollamos la posición teórica de Bourdieu, cuyo planteamiento central se basa

en que la juventud no constituye una categoría objetiva sino que remite a posiciones sociales que se producen y reproducen constantemente a partir de la lucha por la distribución de poderes entre los sujetos que intervienen en un campo determinado. En segundo lugar, siguiendo a Mauger, desarrollamos el argumento de que la juventud no constituye, *per se*, un grupo social homogéneo. Sus aportaciones permiten detectar los esfuerzos de unificación simbólica que, bajo determinadas condiciones, pueden constituir un grupo inicialmente diverso en grupo social movilizado. En tercer lugar, analizamos unas críticas contemporáneas al enfoque nominalista: por un lado, cuestionamientos respecto al carácter demasiado abstracto del enfoque, que limita las posibilidades de análisis empíricos; por otro lado, la crítica a la preponderancia que el enfoque nominalista asigna al análisis de clase en la configuración de los grupos sociales. Por último, concluimos el artículo con unas reflexiones sobre los aspectos que consideramos más relevantes del estado actual del conocimiento sociológico sobre la juventud.

## 2. El enfoque nominalista

La concepción de Bourdieu (2000a) sobre la juventud parte de la teoría de las generaciones de Mannheim (1993). Para este autor, los individuos que comparten una misma edad biológica no forman, por el simple hecho de haber nacido en un mismo periodo, un grupo social, ni deben ser analizados sociológicamente de esta manera. Partiendo de la premisa según la cual el conocimiento, en todas sus manifestaciones, es fruto de las condiciones sociales en que se produce, el interés de Mannheim está en estudiar en qué medida la pertenencia a una generación -cuyas características dependen de las condiciones sociales y materiales en que se ha producido- es un factor que determina las formas de estratificación de la conciencia de los individuos que forman parte de ella. Esta estratificación de la conciencia dependerá de que en una cohorte de edad se produzca una unidad social homogénea interior de la estructura social. Sin embargo, una cohorte de edad -entendida como un conjunto de individuos que comparten un mismo momento

de nacimiento- no es, de entrada, un grupo social concreto. Para constituir un grupo social hace falta que los individuos, además de enfrentarse a similares acontecimientos sociales en los mismos periodos de sus vidas, los afronten desde una misma posición social. La articulación de la posición generacional -determinada a partir de los ciclos vitales- y la posición de clase -determinada a partir de las condiciones económico-sociales- del individuo, posibilita la producción de “una modalidad específica de vivencia y de pensamiento, una modalidad específica de encajamiento en el proceso histórico” (Mannheim, 1993, p. 209).

Por lo tanto, en el estudio de las generaciones hace falta tener en cuenta tanto las diferencias intergeneracionales, derivadas de las variaciones temporales en las formas sociales y materiales de producción de los individuos, como las diferencias intrageneracionales, derivadas de las posiciones sociales que ocupan los miembros de una generación cronológica. Bourdieu articula su perspectiva nominalista sobre la base de estas aportaciones de Mannheim; perspectiva que constata que, en el estudio de la juventud, el error que se comete habitualmente es encontrar características inherentes a esta categoría por el simple hecho de que los individuos comparten una misma edad, con independencia de las condiciones sociales en que viven. En contra, el enfoque nominalista se propone buscar el origen de las diferencias en las distintas condiciones sociales y materiales en que se han producido los individuos. De hecho, a diferencia de una periodización biológica o psicológica de las edades de la vida, que definen respectivamente una juventud biológica y una juventud psicológica -categorías naturales, universales y estables-, una periodización sociológica no puede definir la categoría de juventud como edad de la vida más que clase social a clase social, sexo a sexo, en una sociedad determinada, en una época determinada (Mauger, 1995).

El enfoque funcionalista de los ciclos vitales sostiene que la juventud constituye un grupo social homogéneo, y responde básicamente a imposiciones externas por parte de la Administración en la delimitación del colectivo a estudiar. También implica una

aceptación acrítica -llevada a cabo por los investigadores e investigadoras- de un conjunto de estereotipos y prenociones sociales alrededor de la juventud, presas del conocimiento ordinario y que orientan sus interpretaciones, como por ejemplo, las (pre)nociones de una juventud portadora de valores de progreso, de una juventud comprometida, de una juventud irresponsable, de una juventud egoísta, etc. En este sentido, más allá del error conceptual de las generalizaciones, se corre el peligro de caer en un análisis adultocrático donde las respuestas de los jóvenes y de las jóvenes son analizadas a partir de los parámetros referenciales de los sujetos adultos (los investigadores e investigadoras). Además, cuando las respuestas son ajenas a la norma social vigente, tienden a producir la interpretación de la juventud como clase de edad -la idea de los sujetos jóvenes como individuos socialmente en formación, inmaduros-, mientras que las respuestas que refuerzan la norma apuntarían a la juventud como nueva generación portadora de valores y en la cual hace falta depositar las esperanzas. Todo este planteamiento no valora la idoneidad de establecer una frontera uniforme entre juventud y edad adulta -y entre juventud y niñez-, ni a valorar si la edad biológica es el mejor criterio para contextualizar este objeto de estudio desde el ámbito de las ciencias sociales. Por eso Bourdieu (2000a) argumenta que el uso acrítico de la variable edad se sustenta en dos supuestas ventajas: la aparente neutralidad de la variable -que evita delimitar la juventud con base en criterios sociales potencialmente conflictivos, como la precariedad en el mercado de trabajo, el paro, la sobrecualificación o el bloqueo en la emancipación-, y la facilidad de tratamiento estadístico gracias a su estabilidad y, en consecuencia, a su elevado grado de comparación.

### 2.1. *Habitus* de clase

Bourdieu (2008), de acuerdo con Mannheim, plantea que las divisiones y clasificaciones que se establecen entre jóvenes y viejos y que se apoyan sólo en la edad biológica de los sujetos son, sociológicamente, arbitrarias, puesto que parten de una conceptualización

teórica errónea del objeto de estudio, como es la ingenua pretensión de que un colectivo que comparta identidades cronológicas comunes, se corresponda con un colectivo que comparta identidades sociales comunes, diferenciadas de otras clases de edad. Bourdieu, en contra, argumenta que juventud y vejez no son categorías dadas de forma objetiva sino que son posiciones sociales que se producen y reproducen constantemente a partir de una lucha por la distribución de poderes entre los sujetos que las ocupan. Por tanto, sociológicamente hace falta enmarcar a la juventud en un sistema de relaciones sociales que define, en cada espacio social, las propias fronteras entre clases de edad.

Por esto Bourdieu (2000b) critica la imposición de las fronteras de edad en el análisis de la juventud por parte de las investigadoras e investigadores (imposición hecha a priori, de forma externa al objeto de estudio y basándose habitualmente en criterios biológicos -franja de edad-) y plantea que en el estudio de la juventud y de las divisiones entre grupos de edad hace falta conocer las leyes específicas de envejecimiento de cada campo, es decir, determinar, en cada espacio social de relaciones, las dinámicas de dominación/subordinación que se establecen entre las diferentes posiciones, las bases en que se asientan estas dinámicas, la distribución de capitales, los intereses de poder por los cuales se lucha, los ritmos de sucesión en el acceso a estos poderes y, finalmente, las divisiones entre personas jóvenes y personas viejas que surgen de esta lucha. Se trata, por tanto, de tener en cuenta tanto la estructura de los campos como las estrategias, las prácticas que los sujetos llevan a cabo condicionados por su posición, por su *habitus*. Los campos tienen cuatro propiedades fundamentales; son espacios: a) estructurados y jerarquizados de posiciones; b) donde se producen luchas continuas que definen constantemente la estructura del campo; c) donde funcionan capitales específicos, y d) donde funciona también un tipo de creencia específica (Martín, 2008).

El *habitus*, para Bourdieu (2000b, 1999) es el resultado de la relación dialéctica entre la posición ocupada en la estructura social y la interiorización de esta posición

y su cristalización en diferentes formas de representar el mundo y en diferentes prácticas y estilos de vida. Durante este proceso, los sujetos sujetan sus voluntades a las exigencias de las posibilidades y de las restricciones inherentes a las condiciones objetivas en que el *habitus* se ha producido históricamente. En cierto modo, el *habitus* está preadaptado a las exigencias objetivas, y lleva inconscientemente a los sujetos a desear aquello que es posible (o inevitable) y a rechazar aquello impensable. Pero, ¿este supuesto es real o es solo un envite teórico? La reproducción perfecta de los *habitus* en el tiempo requiere que se cumplan al menos cuatro condiciones: a) que las formas de producción del *habitus* se mantengan estables a lo largo de la evolución histórica; b) que estas formas sean capaces de transmitir los mismos códigos generadores de percepción y conducta con exactitud y eficacia; c) que el contexto social se mantenga estable, es decir, que las condiciones donde el *habitus* actúa en el presente sean el máximo posible de parecidas a aquellas que lo han producido históricamente, y d) que los *habitus* restrinjan al máximo el margen de creatividad de los sujetos, es decir, que bajo las mismas condiciones de existencia objetiva los *habitus* generen una misma respuesta.

La irrealidad evidente de estas condiciones, desde una perspectiva temporal, no impide la posibilidad de que aquellos sujetos que viven en una misma clase y en un mismo periodo histórico incorporen a su subjetividad unas estructuras objetivas similares, es decir, que construyan el mundo desde una misma perspectiva colectiva y que engendren, en consecuencia y de forma inconsciente, unas prácticas convergentes con las de otros sujetos con quienes comparten posición social y diferenciadas del resto de sujetos (Bourdieu, 1999; Bourdieu & Wacquant, 1994).

## 2.2. De la juventud a juventudes

Bourdieu (2008) argumenta que aquellos agentes que dentro del entramado de relaciones existentes en un campo monopolizan el capital específico que les garantiza el poder, adoptarán estrategias de conservación de su posición y de la naturaleza de la estructura del campo,

mientras que los menos provistos de capital, habitualmente los que acaban de introducirse en la dinámica relacional del campo y que han tenido menos tiempo para acumular el capital específico -y que probablemente serán los agentes de menor edad, si bien este dato no es, a priori, sociológicamente relevante para el análisis-, tenderán a inclinarse por estrategias de subversión. Dentro de cada campo, las personas viejas, en la medida en que han podido ir ocupando las mejores posiciones del campo, intentarán retener a los sujetos jóvenes el máximo de tiempo posible en la etapa de juventud. Es decir, mantenerlos en un estatus de irresponsabilidad y de lejanía respecto a las posiciones de poder que ocupan ellos. Los agentes jóvenes, por otro lado, pueden aceptar esta situación y obtener unos beneficios secundarios (por ejemplo, en materia de cooperación con los sujetos dominantes, de protección, etc.) o, por el contrario, rebelarse y pretender acelerar los ritmos de sucesión y de transmisión de poder. El resultado de la representación ideológica de esta división, de esta lucha, es el reparto de unos atributos para los jóvenes y las jóvenes, y de otros atributos para las viejas y los viejos: la exaltación de la juventud, tomada como objeto de deseo ideal por la publicidad, alimentada como fuente de consumo en el marco del capitalismo actual, corre en paralelo a la privación del acceso al poder a esta juventud, a una representación muy negativa (Cardús & Estruch, 1984; Cardús, 2000).

Bourdieu (2000a, pp. 143-144) ejemplifica esta lucha dentro de los espacios sociales a partir de las estrategias diferenciales que llevan a cabo las personas jóvenes y las personas viejas según su relación de proximidad o de lejanía respecto al poder:

Si se comparara a los sujetos jóvenes de las diferentes fracciones de la clase dominante (...), el mismo año, se vería que estos jóvenes poseen en mayor medida los atributos del adulto, del viejo, del noble, del notable, etc., cuanto más próximos se encuentran al polo del poder.

La construcción de la identidad “juvenil” o “no juvenil” -por ejemplo, en los atributos

físicos, en el comportamiento o en la vestimenta- se determina, por lo tanto, a partir de la posición ocupada en la estructura objetiva del campo, y no en función de la edad, teniendo en cuenta que esto no implica que todos los sujetos que no han podido acumular capital sean necesariamente revolucionarios, y que quienes disponen de un gran capital sean automáticamente conservadores (Bourdieu & Wacquant, 1994). A su vez, como apunta Mauger (2008), la ostentación indefinida de aquello que hace joven supone -en el sujeto adulto biológico- un signo inconfundible de no participación (o de rechazo) en el poder. La edad social, pues, no es una perfecta variable independiente como la edad biológica, sino que es resultado de las luchas por la división del poder, por el establecimiento de los límites de edad y por los ritmos de sucesión que se definen en cada campo entre las personas viejas y las personas jóvenes.

Bourdieu (2008) lleva a cabo un análisis de las relaciones existentes entre sujetos jóvenes y viejos. En *Homo Academicus* se observa la relación entre las diferentes posiciones objetivas de los campos académicos con los *habitus* correspondientes y las luchas que se derivan. La principal propuesta que el autor extrae del análisis es que la estructura del campo tiende a la reproducción del poder a través de los mecanismos de selección y de adoctrinamiento de las nuevas generaciones de profesoras y profesores. Bourdieu utiliza como referente analítico las movilizaciones universitarias producidas en Francia en 1968. En estas se produjo una división entre miembros de la comunidad universitaria (profesores y profesoras, agentes agregados, asistentes...) que califica de sujetos jóvenes y viejos. Pero esta calificación no se establece (directamente, al menos) a partir de la edad de los sujetos, sino a partir del choque entre los *habitus* diferenciados de unos y otros: por un lado, un conjunto de profesores y profesoras acomodados a los sistemas académicos de reclutamiento y de promoción antiguos -entre los cuales abundaban las personas viejas, biológicamente hablando, pero también un conjunto de jóvenes- y, por otro lado, un conjunto de profesores y profesoras vinculados a los nuevos mecanismos de

captación -donde abundaban, biológicamente hablando, los sujetos jóvenes, pero el grupo no solo estaba formado por estos-.

*Homo Academicus* sirve a Bourdieu para corroborar empíricamente que la lucha entre los miembros del campo universitario no era una lucha entre sujetos jóvenes y viejos a nivel biológico, sino entre sujetos jóvenes y viejos en un nivel social, es decir, una lucha entre dos movimientos: uno por la conservación de la estructura del campo -que garantiza su acceso a las posiciones dominantes, del pasado al futuro- contra otro movimiento por el cambio de las leyes que rigen el campo, por la eliminación de las cuotas de acceso y de ascenso y, por lo tanto, por provocar la aceleración de los ritmos de sucesión.

Para Bourdieu (2000a), la supuesta unidad de la juventud constituye un error epistemológico, aunque puede ser un acierto político. La juventud es un grupo políticamente interesante; interesante para la clase dominante pues al resaltar las divisiones de edad deja en la sombra las divisiones de clase. Ello explica que, como conclusión de su desarrollo teórico anterior, Bourdieu afirme que hablar de la “juventud” constituye un despropósito teórico. La juventud es un grupo nominal, sobre el papel: bajo el nombre se recubren situaciones que solo tienen en común eso: el nombre. Plantear investigaciones que tengan por objeto -por sujeto de sus frases- la “juventud”. implica ignorar la dominación de clase, es decir, olvidar la existencia de clases sociales y la problemática de la reproducción social de las diferencias (Martín, 1998, 1999).

Así, frente al “olvido” corriente de las clases sociales en la mayoría de los estudios de sociología de las edades, Bourdieu destaca la existencia de distintas juventudes -“juventud adolescente” y “juventud adulta”- entre los extremos ideales, de las cuales encontramos cada vez un mayor número de situaciones intermedias, fruto del acceso en mayor proporción de los hijos e hijas de clase obrera a niveles educativos a los cuales no pudieron acceder nunca sus madres ni sus padres, fenómeno que se ha ido acentuando -de forma más o menos acusada en función de los ciclos económicos y de la capacidad de absorción de

mano de obra de los mercados de trabajo- en los últimos años. Este hecho abrió las puertas a los jóvenes y a las jóvenes de clase trabajadora, a la vivencia de una condición que no habían conocido nunca anteriormente: la de jóvenes adolescentes. Y, aunque para estas personas jóvenes esta etapa es generalmente de corta duración, les ha permitido difuminar el muro que separaba lo que hasta entonces había sido su mundo respecto al de los jóvenes y las jóvenes adolescentes.

Estos cambios en la producción de los sujetos, debidos a los cambios en las condiciones de existencia en que han vivido y a los efectos que esto tiene en la configuración de sus *habitus*, son lo que Bourdieu, recogiendo la aportación de Mannheim, señala como origen de los conflictos entre las generaciones. Así, los accesos de los sujetos jóvenes a un mayor nivel de estudios se han generalizado en los últimos años. Este es un indicador de las diferencias en las formas de producción de los sujetos de una generación anterior -a partir de una relación de distancia frente a la esfera educativa-, respecto a la forma como se ha producido la generación actual, con la citada prolongación de la etapa educativa (Martín, 1998).

La desigual forma en que se han producido los sujetos de una y otra generación, en ocasiones lleva a pensar que los jóvenes y las jóvenes actuales pueden aspirar a aquello que su mayor nivel de estudios garantizaba en un estadio anterior, cuando este acceso era impensable por las personas jóvenes del mismo estrato social en aquel momento -por ejemplo, el acceso a la educación secundaria para los sujetos jóvenes de las clases populares o a la educación universitaria para los sujetos jóvenes de las clases medias-. Esta creencia es fuente de conflictos entre generaciones, debido a que aquí es donde se sitúa uno de los pocos principios unificadores del conjunto de la juventud como grupo social, y que Bourdieu (2000a, p. 152) define como la descualificación “estructural de la generación”.

En definitiva, en la conceptualización de la juventud, Bourdieu apunta a que las partes que entran en conflicto por el poder no son las personas jóvenes y viejas biológicas, sino dos formas de producción de sujetos derivadas de

dos estadios sociales diferenciados, cada una de las cuales intenta imponer sus capitales específicos que les garantizan el acceso a las posiciones de poder de cada campo. La forma de producción de sujetos que se imponga en esta lucha -por ejemplo, la experiencia contra las credenciales formativas- facilitará el acceso o la permanencia al poder por parte de unos u otros. Aparecerán, de esta manera, conflictos entre los nuevos agentes que buscan acceder al poder del campo rápidamente, y los antiguos, que quieren atrasar el ritmo de sucesión en beneficio propio. Son luchas, en definitiva, por regular el ritmo de envejecimiento de un campo determinado, y el alargamiento de la etapa de juventud se manifiesta en el retardo del ritmo de sucesión y del mantenimiento de la estructura de poder establecida en el campo.

### 2.3. La construcción simbólica de un colectivo nominal

Mauger (2008, 2009) integra la negación de la constitución de la juventud, entendida como una categoría objetiva, con las aportaciones que desde la sociología de la transición la conciben como una etapa transitoria hacia la vida adulta. Con respecto a la idea de transición, Mauger defiende que el objetivo de la investigación sociológica en materia de juventud no debería ser la búsqueda de acontecimientos fronterizos nítidamente delimitados que separarían la juventud de la infancia y de la entrada a la vida adulta, sino que se debería centrar en la detección de pautas procesales estables, sincrónicamente válidas para el conjunto del espacio social y diacrónicamente comparables en periodos diferenciados dentro un mismo espacio. Desde esta perspectiva, la definición que propone de juventud es tan abierta como voluntariamente indefinida: “... juventud es la etapa de la vida donde se opera el doble pasaje de la escuela a la vida profesional y de la familia de origen a la familia de procreación” (Mauger, 2008, p. 6).

En este sentido, Mauger (2001) se pregunta si la juventud constituye un grupo social. De esta pregunta proviene el enlace con la crítica nominalista: la juventud se debe concebir como una categoría vacía de contenido que no presenta, objetiva y materialmente, elementos

de cohesión suficientemente importantes entre sus miembros para acontecer una categoría social. De hecho, bajo la definición de jóvenes hay individuos con unas condiciones de vida, actitudes, valores, comportamientos, etc., suficientemente heterogéneos para no poder englobarlos, a priori, dentro una categoría social unitaria. Los estudios de la relación de los jóvenes y las jóvenes con el sistema educativo y con el mercado laboral, ponen en evidencia la necesidad de que cualquier ejercicio sociológico sobre la juventud refleje las diferencias observadas en las trayectorias de los sujetos jóvenes. Por esto, haría falta sustituir la noción de juventud por la de juventudes, en plural, cuyas definiciones y contornos varían en función de la clase social, de los espacios sociales, de los géneros, de las regiones, etc. (Mauger, 1995).

Pero este análisis estrictamente objetivo no permitiría ver que, en determinadas circunstancias, estas juventudes se unen y reconocen mutuamente su condición de jóvenes, a partir de relaciones de identificación grupal y de distinción respecto al resto de la sociedad, y pueden llegar a actuar como “un grupo real”, como en la movilización y defensa de unos intereses comunes, pese a la heterogeneidad social de sus miembros. Esto explica que pese a las diferencias palpables entre sus miembros, sea paradójicamente cierto que la idea de juventud está plenamente arraigada al sentido común tanto por la sociedad como por los mismos sujetos que forman parte de este colectivo nominal (Mauger, 1994a); se remite a una diferencia entre las clasificaciones objetivas de la sociología y las clasificaciones sociales y subjetivas de los mismos sujetos jóvenes y de la sociedad en general. Ante esta situación, Mauger plantea que la categorización de la juventud debe superar la preponderancia de la visión ontológica de la juventud en sí -como grupo social que compartiría unos modos de vida y unas opiniones similares- y reconocer la importancia de la visión voluntarista de la juventud para sí -es decir, como grupo unificado por la voluntad de sus miembros y que se reconoce a sí mismo aunque, objetivamente, estos vivan unas condiciones de existencia heterogéneas-. Hace falta, por lo tanto, detectar

los trabajos de unificación simbólica que, bajo determinados condicionantes sociales, pueden constituir un grupo inicialmente diverso en grupo social movilizado.

El “efecto generación” y el “efecto edad” pueden condicionar la constitución de la juventud como grupo social: a) el efecto generación sería capaz de sincronizar, en periodos más o menos largos de tiempo, diferentes campos sociales, y sería capaz de generar individuos con unos modos de vida similares aún cuando pertenezcan a ámbitos sociales diferenciados. Este efecto se puede producir a partir de la participación de los sujetos en un mismo fenómeno: el alargamiento de la formación, la entrada al mercado laboral en un periodo económico determinado, una crisis política, un periodo de movilizaciones sociales, etc.; b) el efecto clase de edad, resultado de la existencia de situaciones análogas, es decir, parecidas dentro de las diferencias -indeterminación social, provisionalidad, ubicación, estatus ambiguo, etc.-, en que se encontrarían jóvenes de distintas condiciones sociales, podría hacer surgir un elemento de solidaridad y de asociación entre estos grupos de sujetos jóvenes heterogéneos.

Ahora bien, Mauger apunta que la presencia de estos condicionantes no genera automáticamente la unificación simbólica de la juventud, su movilización, o la creencia legítima de su existencia. Hace falta, además, que hayan unos agentes encargados de activar estos condicionantes y de trabajar en la movilización del colectivo y, sobre todo, hace falta que el colectivo esté dispuesto a reconocer tanto a estos agentes -y aquí cobra importancia el capital simbólico de estos- como el discurso que profesan -con la ventaja de que la ambigüedad de las clasificaciones sociales permiten agrupar diferentes interpretaciones de una misma experiencia social-. En definitiva, Mauger (1994, pp. 46-47) constata que la construcción sociológica de la juventud, como una etapa de la vida, engloba un espacio social menor del que en realidad ocupa en la construcción cotidiana o política del concepto. Se hace necesario estudiar no solo la juventud sino aquello que le rodea: las organizaciones, los representantes y portavoces, los sistemas de representación y de valores, las condiciones sociales y políticas,

etc., que permiten que un colectivo que parte de la heterogeneidad se constituya en un grupo social. Un trabajo hecho, también, por los profesionales y las profesionales de la juventud, puesto que la existencia de estos representantes o especialistas no puede existir si no es asegurando la aceptación colectiva de la existencia del grupo al cual representan.

### **3. Las críticas a la perspectiva nominalista**

Existen dos tipos principales de críticas al enfoque nominalista. El primero se articula en torno a que dicho enfoque resulta demasiado abstracto como para consolidarse en un campo sociológico de análisis pragmáticos (París et al., 2006; Casal et al., 2006; Galland, 1985, 2007). En este sentido, el campo académico de estudios sociales de la juventud está estructuralmente interesado en legitimar su objeto de estudio (la juventud), y por tanto, son poco aceptadas las tesis nominalistas sobre la inexistencia sociológica de dicha categoría social, así como la propuesta de incluirla en un conjunto de categorías más potentes con respecto a la estructuración social. Por el contrario, el ámbito académico está interesado en la legitimación de la existencia de su objeto de estudio. Igual lógica encontramos en el ámbito político-administrativo que promueve la mayoría de las investigaciones sobre la juventud, y que por ello está preocupado por la necesidad de ejecución de políticas públicas para este conjunto de población. Desde esta lógica política se ha construido y afianzado la categoría de juventud de forma potente en la opinión pública y en los medios de comunicación, y resulta difícil desmontarla. Por estos motivos, argumentamos que uno de los impedimentos principales del avance académico de la perspectiva nominalista es una determinada aureola de abstracción con pocas posibilidades de arraigar en estos campos de análisis eminentemente pragmáticos.

A estos requerimientos sí que le han dedicado esfuerzos tanto el enfoque funcionalista como el enfoque biográfico. Para el enfoque nominalista, cuando el análisis sociológico cede a necesidades de naturaleza administrativa -por ejemplo, encontrar unos parámetros estables y dominables en el estudio de la juventud-

o busca unas características globales para legitimarse en el mundo académico, el resultado no es otro que renunciar a aquello que defiende y caer en aquello que critica: la subordinación de la práctica sociológica a los designios de los “representantes” de la juventud. Por todo esto, si bien la difusión de la argumentación de la crítica nominalista ha tenido eco en las revisiones teóricas de sociología de la juventud, el volumen de investigaciones en las que se ha trabajado a partir de estos postulados está lejos del que han logrado los otros dos enfoques.

El segundo tipo de críticas hace referencia a los parámetros conceptuales, pero su alcance es menor que el anterior. Bien sea por el respeto que Bourdieu, fundamentalmente, suscita en el ámbito sociológico, bien sea por la coherencia teórica que muestra el argumentario de sus autores y autoras, las críticas a los contenidos son puntuales y poco incisivas. Destacamos dos críticas, vinculadas a la sociología de la juventud en el ámbito estatal. La primera la lleva a cabo Comas (2007), que critica la preponderancia que se le da a la clase social en la configuración de los grupos sociales (Martín, 1998, 2008, 2010) y, por lo tanto, en la constatación de la no existencia de la juventud como realidad grupal. Comas defiende que en el análisis de la juventud, la misma idea de juventud y la de clase social se deben articular en un nivel de igualdad y no tener que escoger una por encima de la otra. Consideramos que constituye una crítica insustancial porque, por un lado, en ningún momento justifica la relevancia sociológica de este equilibrio entre edad y clase social, y en segundo lugar porque la crítica nominalista plantea que la definición de la juventud no se puede efectuar a priori mediante un ejercicio de violencia epistemológica a través de la imposición de la variable edad por parte del investigador o investigadora, sino que debe responder a una construcción efectuada a partir del conocimiento del espacio social y de las condiciones de existencia del objeto de estudio.

La segunda crítica destaca la simplicidad de la diferenciación que Bourdieu efectúa entre las “dos juventudes”. Como ya lo hemos argumentado anteriormente, Bourdieu deja claro que habla de dos modelos ideales simplificados de juventudes (los estudiantes burgueses y los

jóvenes obreros, fruto todavía de la realidad diferenciada de aquella época -finales de la década de los 70-) entre los cuales ya reconoce un amplio abanico de posibilidades intermedias que han ido ganando relevancia desde entonces. Comas también crítica la división que Bourdieu establece entre “jóvenes” y “viejos”. Crítica especialmente indocumentada, puesto que no tiene en cuenta el uso que Bourdieu hace de los conceptos de generación y de clase de edad, ni que la negación de Bourdieu es sobre la existencia de una juventud, en singular, y no de juventudes -diferentes entre ellas porque suponen diferentes condiciones de vida, diferentes estrategias, diferentes aspiraciones, etc.-. Existiría una tercera crítica, que apunta al uso que se ha hecho de la idea de que la juventud no es más que una palabra, y ello implicaría la negación de la necesidad de políticas públicas hacia la juventud (si la juventud no existe, las políticas destinadas a este colectivo artificial no serían necesarias); o, por el contrario, la exigencia de políticas puramente afirmativas -como que la juventud no es un colectivo, se tiene que abordar como una condición-. Estas afirmaciones, en todo caso, no hacen referencia a los postulados de la crítica nominalista sino a una errónea interpretación de estos.

Cardenal (2006, pp. 15-18) apunta que el ataque que efectúa la crítica nominalista a la falsa homogeneización de la juventud se debería remitir solamente a la consideración de esta como unidad social, pero no se puede aplicar al de juventud como transición. Contra el uso del plural “juventudes”, la autora se pregunta si tiene sentido contrastar lo que, en sustancia, es totalmente heterogéneo. Consideramos que tiene sentido si se parte, como se hace desde esta perspectiva, de la idea de homología, es decir, de similitud dentro la diferencia; esto es, la juventud se construye de forma homóloga, dentro de los diferentes espacios sociales, como el resultado de las luchas por acceder a las posiciones de poder o por impedir el acceso a los más jóvenes (jóvenes en sentido social, aun cuando a menudo son los mismos individuos jóvenes desde una perspectiva demográfica). Por lo tanto, pese a que las diferencias entre las condiciones de vida de las diversas juventudes son tan evidentes que en casos

extremos tenemos que hablar de desconexión total, estas “juventudes” tienen algo en común: el hecho de que, dentro de su espacio social, forman parte de las luchas por la sucesión del poder. Entonces, aquello que defiende la crítica nominalista es el interés por determinar qué construcción de la juventud se hace en cada uno de estos espacios sociales, especialmente en tres direcciones: a partir de cuáles criterios se decide quién es joven y quién no, dónde quedan establecidas las fronteras entre personas jóvenes y sujetos adultos, y qué estrategias comportamentales siguen los individuos según la posición que ocupan dentro del espacio social. Los usos del plural “juventudes”, pues, no hacen referencia solo a las diferencias en los itinerarios biográficos de individuos de edades similares -su vinculación con el sistema educativo, los tipos de trabajos que obtienen, cómo se efectúa la emancipación domiciliaria, etc.-, sino que sobre todo tienen que ver con cómo se construye la noción de juventud dentro de cada espacio social.

#### 4. Conclusiones

En los intentos de establecer a la juventud como una categoría universal dada, observamos que buena parte de las investigaciones sobre la juventud, que se apoyan en la perspectiva funcionalista, apenas dedican atención suficiente al proceso de construcción del objeto de estudio. Esta carencia de rigor metodológico se detecta especialmente en la conceptualización del objeto de estudio previo al análisis, pero también en la validez del constructo, es decir, en la adecuación en la relación entre la categoría social, digamos, real, y la categoría construida en la investigación. Creemos que hace falta profundizar en la reflexión sobre si los resultados que se obtienen en las investigaciones validan o invalidan la hipótesis de que la categoría que se ha construido nítidamente por parte de los investigadores e investigadoras, es el reflejo real de una categoría social con la misma nitidez, porque, como apuntan Salvadó y Serracant (2003, p. 8) “el problema aparece cuando los datos empíricos no nos acaban de encajar con este discurso”. En este sentido, es comprensible que la dinámica de autoafirmación del campo

de estudio de la juventud pretenda trazar unas fronteras que justifiquen la especificidad de su objeto de estudio, entendiendo que esta especificidad implica la necesidad de un conocimiento también específico. Si aquello que justifica la labor de las investigadoras e investigadores de la juventud -y que, por lo tanto, constituye una fuente de reconocimiento académico- es la existencia en sí del objeto de estudio, es previsible que se aboquen esfuerzos de cara a su legitimación.

Entonces, la construcción del objeto de estudio “juventud” no es inmune a estos intereses sino que está entrelazada con la construcción de un campo de estudio específico sobre la juventud y, en cierto modo, ambas dependen la una de la otra: si bien se necesitan investigadores sobre la juventud, en primer lugar debe haber realmente una juventud a investigar. Y ante esta construcción, quizás más estratégica que sociológica, hace falta tener en cuenta el riesgo que corre la sociología de la juventud de dar por real aquello que, posiblemente, no lo es. O, si lo es, de darlo desde luego. Las alertas sobre esta situación se han hecho explícitas sobre todo desde la crítica nominalista, la perspectiva que más esfuerzos ha destinado a la conceptualización teórica de la juventud.

En definitiva, entendemos que uno de los retos que se presentan en este ámbito de estudio es la delimitación sociológica de la juventud. De hecho, la dirección a seguir pasa por establecer la noción de juventud a partir de criterios propios de la disciplina, descartando -o, como mínimo, sometiendo a crítica- las propuestas con que se ha dotado a otras disciplinas científicas -como la demografía, la psicología o la biología- relativas a la noción vulgar de juventud o a la delimitación jurídica y administrativa de los jóvenes y las jóvenes por parte de los poderes públicos.

### Lista de referencias

Bourdieu, P. (1999). *La miseria del mundo*. Madrid: Akal.  
 Bourdieu, P. (2000a). *Cuestiones de sociología*. Madrid: Istmo.

Bourdieu, P. (2000b). *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.  
 Bourdieu, P. (2008). *Homo academicus*. Buenos Aires: Siglo XXI.  
 Bourdieu, P. & Wacquant, L. (1994). *Per una sociologia reflexiva*. Barcelona: Herder.  
 Cardenal, M. E. (2006). *El paso a la vida adulta. Dilemas y estrategias ante el empleo flexible*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.  
 Cardús, S. (2000). *El desconcert de l'educació*. Barcelona: La Campana.  
 Cardús, S. & Estruch, J. (1984). *Les enquestes a la joventut a Catalunya: "Bells deliris fascinen la raó"*. Barcelona: Generalitat de Catalunya, Departament de la Presidència, Direcció General de Joventut.  
 Casal, J., García, M., Merino, R. & Quesada, M. (2006). Changes in forms of transition in context of international capitalism. *Revista de sociologia*, 79, pp. 195-223.  
 Comas, D. (2007). *Las políticas de juventud en la España democrática*. Madrid: Instituto de la Juventud.  
 Galland, O. (1985). Formes et transformations de l'entrée à la vie adulte. *Sociologie du Travail*, 1, pp. 32-52.  
 Galland, O. (2007). *Sociologie de la jeunesse*. Paris: Armand Colin.  
 Gil, E. (2005). El envejecimiento de la juventud. *Revista de Estudios de Juventud*, 71, pp. 11-19.  
 Mannheim, K. (1993). El problema de las generaciones. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 62, pp. 193-244.  
 Martín, E. (1998). *Producir la juventud: crítica a la sociología de la juventud*. Tres Cantos: Istmo.  
 Martín, E. (1999). El paro juvenil no es el problema, la formación no es la solución. En L. Cachón (ed.) *Juventudes, mercados del trabajo y políticas de empleo*. Valencia: Mig Editorial.  
 Martín, E. (2008). El concepto de campo como herramienta metodológica. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 123, pp. 11-34.  
 Martín, E. (2010). *La escuela sin funciones*. Barcelona: Bellaterra.

- Mauger, G. (1994a). *Les jeunes en France. Etat des recherches*. Paris: La Documentation Française.
- Mauger, G. (1995). Jeunesse: l'âge des classements. Essai de définition sociologique d'un âge de la vie. *Recherche et Prévisions*, 40, pp. 19-36.
- Mauger, G. (1994). Unité et diversité de la jeunesse. En G. Mauger, R. Bendit & C. Von Wollfersdorff. *Jeunesses et sociétés. Perspectives de la recherche en France et en Allemagne*. Paris: Armand Colin.
- Mauger, G. (2001). La jeunesse n'est qu'un mot. À propos d'un entretien avec Pierre Bourdieu. *Agora*, 26, pp. 137-142.
- Mauger, G. (2008). Jeunesse: définition sociologique d'une âge de la vie. *Lecture Jeune*, marzo de 2008, pp. 4-9.
- Mauger, G. (2009). Génération et rapports de générations. *Daimon Revista de Sociología*, 46, pp. 3-20.
- París, P., Tintoré, M., Serracant, P., Martorell, E., Cardeña, E., Pascual, G. & Gangoellés, M. (2006). La recerca sobre joventut a Catalunya. *Revista de sociologia*, 79, pp. 285-317.
- Salvadó, A. & Serracant, P. (2003). For ever young. Vulnerabilitat social juvenil o vulnerabilitat social generacional? Ponència del IV Congrés Català de Sociologia, Grup de Treball, Edat i Generacions, 5 i 6 d'abril.